REINVENTAR LA PAZ

Discurso de María Voce (Emmaus) a la UNESCO (leído por Catherine Belzung)
París, 15 de noviembre de 2016

Señoras y Señores Embajadores,
Ilustre Señora Ann-Belinda Preis,
Mons. Francesco Follo, Observador permanente de la Santa Sede ante la UNESCO,
Señoras y Señores,
Amigos todos, aquí presentes en esta sede de la UNESCO y todos aquellos que nos siguen a través de las redes sociales.

Nos encontramos aquí con motivo del 20º aniversario de la entrega a Chiara Lubich del premio por la Educación a la paz: un momento para recordar ciertamente, pero sobre todo una ocasión para volver a profundizar y hacer propio su pensamiento con respecto a la educación a la paz, y por tanto en vías de la construcción de la paz. Ciertamente no es una coincidencia que nos encontremos hoy aquí hablando de paz, a tan sólo dos días de la conmemoración del primer aniversario de los atentados en París y en Saint-Denis. El recuerdo doloroso y conmovedor de tales acontecimientos nos impulsa a trabajar con mayor determinación y creatividad para encontrar nuevos caminos hacia la paz.

Indudablemente la paz es un don de Dios, pero también es fruto de las elecciones de los hombres, por tanto, cada uno de nosotros puede ayudar a construirla en su pequeño entorno, en la cotidianidad porque -como se lee en el *Preámbulo de la Constitución de la UNESCO* de 1945- "puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz".

Por este motivo me urge agradecerles por todo cuanto la UNESCO realiza cotidianamente por la paz y para ayudar a construir- por medio de la educación, la ciencia y la cultura- un mundo más fraterno y unido.

Actualmente la historia nos presenta de manera apremiante la imagen de un mundo lacerado por conflictos de todo tipo, por muros que se levantan, emigrantes y prófugos que huyen de la miseria y de la guerra, egoísmos políticos que se enfrentan -sin tener en cuenta- las recaídas humanas.

Para expresar la crudeza y también la gravedad del contexto en el cual vivimos, Su Santidad el Papa Francisco ha usado a menudo la expresión "tercera guerra mundial a pedazos", justamente para expresar la fragmentación y al mismo tiempo la globalización de los conflictos: guerras, acciones terroristas, persecuciones por motivos étnicos o religiosos y prevaricaciones, han marcado inexorablemente estos últimos años, multiplicándose dolorosamente en muchas regiones del mundo.

Es una violencia poco convencional, omnipresente y dominante, difícil de combatir con los instrumentos utilizados hasta ahora. Son conflictos que pueden ser resueltos únicamente con un compromiso conjunto, no sólo de la comunidad internacional, sino también de la comunidad humana mundial.

Nadie puede sentirse excluido de esta acción, que tiene que estar presente en nuestras calles, en los lugares de trabajo, en la educación y en la formación, en el deporte y en el ocio, en las comunicaciones y en el culto.

A una "guerra mundial a pedazos" hay que responder con una paz mundial realizada también "a pequeños pedazos", con pequeños pasos, con gestos concretos.

Todos tienen una función, cada uno tiene una responsabilidad.

En esto encontramos en primera línea a las organizaciones internacionales, con su incansable actuación para promover la paz. El diálogo incesante y la búsqueda tenaz del consenso por parte de estas organizaciones, incluida esta prestigiosa institución, tienen que ser reconocidos como importantes signos de la aspiración global hacia la paz y la unidad.

Pero también nos encontramos con comunidades, asociaciones de todo tipo, Movimientos de inspiración religiosa o laica, que son portadores, de manera más o menos explícita y consciente, de una nueva

lógica que rompe con aquella que se fundamenta sobre la búsqueda del poder y el interés unilateral, sobre el deseo de dominio, la voluntad hegemónica, cuando no directamente sobre la violencia.

Estos Movimientos adoptan en cambio una prospectiva alternativa, propugnando y realizando en sus ámbitos un cambio radical, que actualmente puede ser el único que está a la altura de tales desafíos, ya sean de dimensión local o mundial, el único capaz de construir los fundamentos de la paz de hoy y de mañana.

¡Ésta es la experiencia directa del Movimiento que represento!

Nuestra historia tiene sus inicios en la ciudad de Trento, bajo los bombardeos que continuamente azotaban la ciudad. Mientras todo se derrumbaba; cuando los ideales materiales eran destruidos y los inmateriales eran imposibles de alcanzar; cuando los pueblos luchaban hasta el exterminio en una lucha insensata y trágica; cuando en el entramado social ciudadano surgían conflictos y tensiones de todo tipo: personales, familiares, de clase, e ideológicos, nacía y estallaba en el corazón de una joven mujer trentina, Chiara Lubich, un Ideal que no pasa, que ninguna bomba puede destruir. Un ideal grande, inmenso que poco a poco se revelaría- no sin dificultades e incomprensiones- como una unción, como una vacuna eficaz para sanar las profundas heridas y colmar divisiones lacerantes.

De esta manera bajo los bombardeos, Chiara Lubich y sus primeras compañeras, no huyen de su ciudad bombardeada: y en su dedicación hacia los pobres, en la entrega de amor hacia todos, se convierten en portadoras de esperanza. Sus acciones tuvieron un alcance mucho más amplio de lo que se podía ver en aquel momento: introdujeron, en el circuito destructivo de la guerra, una linfa nueva para restaurar el tejido social que se convertiría en generadora de paz.

Y todavía hoy esas acciones dan frutos de paz. Un ejemplo de ello es el diálogo que, desde hace años, se desarrolla en el ámbito del Movimiento de los Focolares con exponentes del Cristianismo. Lo mismo sucede con exponentes del Islam, del Hebraísmo, del Budismo, del Hinduismo y de las religiones tradicionales, así como también con personas de convicciones no religiosas. Es un diálogo basado en la acogida de las personas, en la comprensión profunda de sus elecciones, de sus ideas, valorando lo bello, lo positivo, lo que podemos tener en común, lo que puede crear vínculos entre las personas y entre los grupos religiosos. Un diálogo fructífero que, en los Países en los cuales la interculturalidad y el diálogo interreligioso son difíciles, ha hecho nacer comunidades que viven fraternalmente el carisma de la Unidad no sólo en el respeto recíproco, sino también en la alegría y en el sorprendente descubrimiento de la riqueza de la propia identidad, en la conciencia serena de la diversidad cultural y religiosa.

El motor que, siguiendo en este camino del diálogo, ha impulsado y continúa impulsando a apostar por la paz es el ejemplo de Jesús: el estar dispuestos a amar al prójimo hasta el sacrificio de sí mismo, como hizo Él que en la cruz murió por la entera Humanidad. En efecto, el compromiso por la paz exige un medio adecuado para alcanzar tal objetivo. Chiara Lubich, hablando a la ONU en 1997 lo expresó claramente: "¡No es un juego comprometerse a vivir y a difundir la paz! Es preciso tener valor. Es necesario saber sufrir. (…) Si muchas personas aceptaran el sufrimiento por amor, el sufrimiento que exige el amor, se podría convertir en el arma más poderosa para dar a la Humanidad su más elevada dignidad: sentirse no tanto un conjunto de pueblos, uno junto a otro, muchas veces en lucha entre sí, sino un único pueblo, embellecido por la diversidad de cada uno y depositario de las diferentes identidades"[1].

Otro punto fuerte del mensaje de Chiara Lubich sobre la paz es la fraternidad.

Habló de ella desde los primeros tiempos de tu itinerario humano y espiritual, pero a lo largo de los años el concepto de fraternidad adquirió cada vez más relieve en su pensamiento.

Ella hizo penetrar la fraternidad en los diferentes ámbitos de la vida y del saber como una categoría propiamente dicha, es más, como un nuevo paradigma que está a la base de los valores y de los hechos concretos capaces de orientar nuestras convivencias hasta la unidad y la paz.

Hablando a los políticos italianos el 15/12/2000 en Roma, Chiara Lubich sostenía:

"La Fraternidad (…) reconstruye el tejido social y por ello, incluso la libertad y la igualdad adquieren nuevos significados, con todas las orientaciones políticas y opciones que de ellas derivan.

La fraternidad permite conjugar y valorar experiencias humanas que, de otro modo, corren el riesgo de acabar en conflictos irreparables (…). Consolida la conciencia de la importancia de los organismos

[1] C. Lubich, Discurso al Simposio "Hacia la unidad de las Naciones y la unidad de los Pueblos", organizado por la Conferencia Mundial de Religiones por la Paz (WCRP) en la sede de la ONU, en Nueva York en 1997.

internacionales y de todos los procesos que tienden a superar las barreras, y marcan importantes etapas hacia la unidad de la familia humana"[2].

Sobre esta base el trabajo de Chiara Lubich por la paz se entrelazó con la reflexión de exponentes de las grandes religiones, del mundo político y cultural, con simples ciudadanos, creando un diálogo más fructífero que nunca, que hoy día se muestra de gran actualidad.

En un mensaje suyo del 2003 encontramos escrito:

"La Fraternidad puede hacer florecer proyectos y acciones en todo el tejido político, económico, cultural y social de nuestro mundo. La fraternidad hace salir del aislamiento y abre la puerta del desarrollo a los pueblos que todavía se ven excluidos. La fraternidad indica cómo resolver pacíficamente los conflictos y relega la guerra a los libros de historia. Gracias a la fraternidad vivida se puede soñar e incluso esperar que se dé la comunión de bienes entre Países ricos y pobres, ya que hoy día el escandaloso desequilibrio existente en el mundo es una de las causas principales del terrorismo. La profunda necesidad de paz que la Humanidad expresa, muestra que la fraternidad no es sólo un valor, un método, sino un paradigma global de desarrollo político"[3].

El mensaje de amor y de fraternidad de Chiara Lubich va unido de forma inseparable a la constante búsqueda de unidad. Es un mensaje único, que se articula en una sucesión límpida: vivir, practicar el amor recíproco; el amor recíproco hace posible la unidad; de la unidad nace la paz, la paz verdadera.

Chiara Lubich, hablando en Tokio, el 24 de noviembre de 1985 a los jóvenes del Movimiento budista Rissho Kosei-Kai, que le habían hecho una pregunta sobre la paz, respondió:

"La paz es efecto de la unidad. Cuando existe unidad entre nosotros y Dios, existe la paz interior. Cuando existe unidad entre los hermanos, existe paz entre los hermanos. Cuando existe unidad entre los pueblos, existe paz en el mundo".

Chiara Lubich subrayaba siempre que la unidad podían vivirla todos, realmente todos, porque la unidad, cuya causa es la paz, es:

"El amor que late en el fondo del corazón humano. Que para los seguidores de Cristo consiste en el (…) ágape, que es una participación en el amor mismo que Dios vive: amor fuerte, amor capaz de amar también a quien no corresponde sino que ataca, como el enemigo, un amor capaz de perdonar… Y para quien sigue otros credos religiosos es un amor que puede llamarse benevolencia, mientras que para las personas que no tienen una fe religiosa, puede significar filantropía, solidaridad, no violencia".

Reinventar la paz

Sobre estas bases es posible reconsiderar la paz, es más, es posible reinventarla.

Reinventar la paz significa en primer lugar comprometerse hasta el fondo en el diálogo, considerar seriamente el diálogo, no sólo como un método, sino como un valor en sí. El auténtico diálogo es tal, si no es sólo un episodio, si promueve y construye una cultura del diálogo. El diálogo significa profundo interés por el otro, es conocimiento y aprecio recíproco, es respeto sincero por la diversidad, quiere decir valorar el pluralismo. El diálogo es una estrategia, no una táctica; es una visión a largo plazo, no se limita a objetivos inmediatos. El verdadero diálogo construye relaciones sólidas y duraderas, invierte en el futuro sin perder de vista las cuestiones del presente. El diálogo activa procesos estructurales de entendimiento y comprensión, necesarios para pasar de la necesaria convivencia al mutuo reconocimiento y al descubrimiento de una identidad compartida.

Reinventar la paz significa realizar proyectos políticos que no estén condicionados por intereses de una parte, o a corto plazo; proyectos valientes e incisivos, que tengan como estrella polar el bien común y los bienes comunes de toda la familia humana.

Reinventar la paz significa derribar el muro de la indiferencia y asumir una actitud responsable y activa para reducir las desigualdades a través de iniciativas concretas, políticas específicas, elecciones éticas que vayan en la dirección de la realización de una auténtica justicia social. Significa romper con la lógica de la acumulación y de la ganancia sin límites y sin objetivos sociales, significa detener el incremento del gasto militar y del comercio internacional de armas, significa volver a considerar las políticas económicas de los Estados y de las instituciones internacionales financieras y comerciales.

Reinventar la paz significa promover una cultura de la legalidad a todos los niveles para combatir, a través de acciones positivas, la corrupción, la evasión fiscal, la apropiación ilícita de los recursos públicos.

---

[2] C. Lubich, La Dottrina Spirituale, Mondadori, Milán 2001, p. 298

[3] Mensaje del Prof. Benjamin Barber para la Jornada de la Interdependencia, Roma, 10 de noviembre de 2003

Reinventar la paz significa interesarse por la conservación del medio ambiente, haciendo nacer en nosotros y a nuestro alrededor, el respeto por nuestra casa común.

Reinventar la paz significa amar al enemigo. Amar al enemigo es una novedad en la vida, en esa vida que Jesús trae. En el mensaje del Evangelio se nos propone incluso ir más allá y eliminar la categoría de enemigo, siguiendo el ejemplo de Dios que hace salir el sol y manda la lluvia sobre los buenos y los malos (Cf. Mt 5, 45) y se nos hace una petición que puede parecer inaudita: "Amen a sus enemigos, hagan el bien a aquellos que les odian" (Lc 6, 27).

Amar al enemigo quiere decir desarme global, progresivo y equilibrado, no para caer en la anarquía y en el caos, sino para inventar instrumentos, formas y métodos de resolución de conflictos más acordes con la dignidad de las personas y de los pueblos, para pasar a la práctica de una seguridad compartida y desarmada que se fundamente en la conciencia de un destino común.

Reinventar la paz significa perdonar. El perdón no es contrario a la justicia internacional, sino que ofrece la posibilidad de reanudar las relaciones sobre nuevas bases.

El 1 de enero de 2002, Juan Pablo II hacía un fuerte énfasis al hablar del perdón como camino para la paz: "El perdón es necesario también a nivel social. Las familias, los grupos, los Estados, la misma comunidad internacional, necesitan abrirse al perdón para entretejer vínculos interrumpidos, para superar situaciones de mutua condena estéril, para vencer la tentación de excluir a los demás sin darles la posibilidad de que se expresen. La capacidad de perdón está en la base de todo proyecto de una sociedad futura más justa y solidaria.

La falta de perdón, por el contrario, especialmente cuando alimenta la continuación de los conflictos, repercute enormemente en el desarrollo de los pueblos (…).

La propuesta de perdón no es inmediatamente comprensible y fácilmente aceptable; es un mensaje en algunos aspectos paradójico. De hecho, el perdón implica siempre una aparente pérdida a corto plazo, pero asegura una ganancia real a largo plazo (…)".

Reinventar la paz significa comprometerse a fondo en la reconciliación, aprendiendo este difícil arte a partir de las experiencias históricas ya realizadas con éxito, que han sentado las bases para un renacimiento político, después de conflictos lacerantes, como sucedió con las Comisiones de la verdad, la justicia y la reconciliación en Sudáfrica, en Chile, en Argentina, en El Salvador, Guatemala, Panamá, Perú, Ghana, Sierra Leona, Liberia, Timor Oriental y Túnez.

Como conclusión: **Reinventar la paz** verdaderamente es posible en la medida en que cambie la mente y el corazón de las personas. Para esto es necesaria una profunda operación cultural. Hace falta invertir en cultura y en educación, tal y como recomienda esta Institución, especialmente a favor de las nuevas generaciones, para formar a jóvenes y adultos que maduren la conciencia de la guerra como una opción impensable y como un camino intransitable. Crear lugares en los cuales se pueda hacer una experiencia de paz, en los cuales se encuentren personas de culturas, experiencias, edad y proveniencias distintas, lugares en donde cada identidad puede convertirse en enriquecimiento recíproco, en donde la fraternidad universal sea tangible. Estos lugares - de los cuales el Movimiento de los Focolares ha construido una decena - estas estructuras, que ya están presentes en muchas partes del mundo, son pequeños faros de luz que señalan un recorrido que nos puede transformar, que nos puede convertir en personas renovadas, abiertas al mundo y al mismo tiempo atentas a las exigencias, a los sufrimientos, a las necesidades, a las aspiraciones y también a las alegrías de los demás[4].

Finalmente, **Reinventar la paz** significa amar la patria ajena como la propia, el pueblo, la etnia, la cultura del otro, como propios.

La paz, para Chiara Lubich, es una dimensión global, es más, universal. Ésta comienza en las personas y se ensancha hasta los confines de la Tierra, abrazando a toda la Humanidad con sus culturas, sus miles de identidades, sus estructuras articuladas, con el pluralismo de sus instituciones, la multiplicidad de sus modelos políticos, económicos, sociales. La paz no es una promesa, es un compromiso y una elección. Depende de nosotros hacerla florecer sobre la faz de la Tierra.

Invito a todos los aquí presentes, y a aquellos que nos siguen en todo el mundo, a armarse de paz, a ser portadores de paz, a ser testigos en cada rincón del mundo, ¡porque se puede reinventar la paz!

---

[4] Me refiero a las Ciudadelas del Movimiento de los Focolares, presentes en distintas latitudes en el mundo (Cf. http://www.focolare.org/all-opera/cittadelle/).